

§ VII.

Establecido ya que no pueden determinar cosa alguna los astrólogos en orden á los sucesos humanos, pasemos á despojarlos de lo poco que hasta ahora les ha quedado á salvo; esto es, la estimacion de que por lo ménos pueden averiguar los genios é inclinaciones de los hombres, y de aquí deducir con suficiente probabilidad sus costumbres. El arrancarlos de esta posesion parece arduo, y sin embargo, es facilísimo.

El argumento, que comunmente se les hace en esta materia, es, que no pocas veces dos gemelos, que nacen á un tiempo mismo, descubren despues ingenios, índoles y costumbres diferentes, como sucedió en Jacob y Esaú. Á que responden que, moviéndose el cielo con tan extraña rapidez, aquel poco tiempo que media entre la salida de uno y otro infante á la luz basta para que la positura y combinacion de los astros sea diferente. Pero se les replica: si es menester tomar con tanta precision el punto natalicio, nada podrán determinar los astrólogos por el horóscopo, porque no se observa, ni se puede observar, con tanta exactitud el tiempo del parto. No hay reloj de sol tan grande, que moviéndose en él la sombra por un imperceptible espacio, no avance el sol entre tanto un grande pedazo de cielo, y esto áun cuando se suponga ser un reloj exactísimo, cual no hay ninguno. Ni áun cuando asistieran al nacer el niño astrónomos muy hábiles, con cuadrantes y astrolabios, pudieran determinar á punto fijo el lugar que entónces tienen los planetas, ya por la imperfeccion de los instrumentos, ya por la inexactitud de las tablas astronómicas; pues, como confiesan los mismos astrónomos, hasta ahora no se han compuesto tablas tan exactas en señalar los lugares de los planetas, que tal vez no yerren hasta cinco ó seis grados, especialmente en Mercurio y Vénus.

Mas, girando los planetas con tanta rapidez, en que no hay duda, es cierto que en aquel poco tiempo que tarda en nacer el infante, desde que empieza á salir del claustro materno, hasta que acaba, camina el sol muchos millares de leguas; Marte mucho más, más áun Júpiter, y más que todos Saturno. Ahora se pregunta: áun cuando el astrólogo pudiera averiguar exactísimamente el punto de tiempo que quiere y el lugar que los astros ocupan, ¿qué lugar ha de observar? porque ese se veria sensiblemente entre tanto que acaba de nacer el infante. ¿Atenderá el lugar que ocupan cuando saca la cabeza? cuando descubre el cuello? ó cuando saca el pecho? ó cuando ya salió todo lo que se llama el tronco del cuerpo? ó cuando ya hasta las plantas de los piés se aparecieron? Voluntario será cuanto á esto se responda. Lo mas verisímil (si eso se pudiera lograr, y la judicaria tuviera algun fundamento) es, que se debían formar sucesivamente diferentes horóscopos: uno para la cabeza, otro para el pecho, y así de los demas; porque, si lo que dicen los judicarios de los influjos de los astros en el punto natalicio fuera verdad, habian de ir sellando sucesivamente la buena ó mala fuesion de inclinaciones y facultades, así como fuesen saliendo á luz los miembros que les sirven de órganos; y así, cuando saliese la cabeza, se habia de imprimir la

buena ó mala disposicion para discurrir; cuando el pecho, la disposicion para la ira ó para la mansedumbre, para la fortaleza ó para la pusilanimidad, y así de las demas facultades, á quienes sirven los demas miembros. Pero ni esa exactitud, como se ha dicho, es posible, ni los astrólogos cuidan de ella.

Y si les preguntamos por qué los astros imprimen esas disposiciones cuando el infante nace, y no anticiparon esa diligencia mientras estaba en el claustro materno, ó cuando se animó el feto, ó cuando se dió principio á la grande obra de la formacion del hombre, lo que parece mas natural, nada responden que se pueda oír. Porque decir que aquella pequeña parte del cuerpo de la madre, interpuesta entre el infante y los astros, les estorba á estos sus influjos, merece mil carcajadas, cuando muchas brazas de tierra interpuestas no les impiden, en su sentencia, la generacion de los metales. Pensar, como algunos quieren persuadir, que por el tiempo del parto se puede averiguar el de la generacion, es delirio; pues todos saben que la naturaleza en esto no guarda un método constante; y áun suponiendo que el parto sea regular, ó novimestre, varia, no solo horas, sino dias enteros.

El caso es, que aunque se formasen sobre el tiempo de la generacion las predicciones, no salieran más verdaderas. Refiere Barclayo, en su Argenis, que un astrólogo alemán, ansioso de lograr hijos muy entendidos y hábiles, no llegaba jamás á su esposa sino precisamente en aquel tiempo en que veia los planetas dispuestos á imprimir en el feto aquellas bellas prendas del espíritu que deseaba. ¿Qué sucedió? Tuvo este astrólogo algunos hijos, y todos fueron locos (1).

Ni áun cuando los astros hubiesen de influir las calidades que los genetiácos pretenden, en aquel tiempo

(1) Es digno de agregarse al suceso que hemos escrito en el número citado, el que vamos á referir. El insigne astrónomo Tyco Brahe, sin embargo de su excelente capacidad, padeció la flaqueza de aplicarse á la astrología judicaria y hacer estimacion de ella. Habiéndole dado Federico II, rey de Dinamarca, la isla de Wen, con una gruesa pensión, edificó en ella un castillo, á quien dió el nombre de *Uraniburg*, que significa villa ó ciudad del Cielo, por razon de un excelente observatorio, que construyó en el mismo castillo, para examinar los astros. Es de saber que él mismo dejó escrito, que eligió un punto de tiempo en que el cielo estaba favorable á la duracion del edificio, para sentar la primera piedra. ¿De qué sirvió esta precaucion? De nada. Pocos edificios habrán subsistido tan corto espacio de tiempo. Dentro de veinte años fueron demolidos observatorio y castillo por los que sucedieron á Tyco en aquella posesion, para emplear los materiales en otras cosas que juzgaron más útiles. Monsieur Picard, de la academia real de las Ciencias, que visitó aquel sitio el año de 1671, con dolor suyo, vió que *Uraniburg*, ó ciudad del Cielo, estaba reducida á un cercado, donde arrojaban esqueletos de bestias. ¿Qué poco cuidaron los astros, ni de la existencia, ni del honor de un edificio que su dueño les habia consagrado! Ya en otra parte notamos que Tyco, no obstante su bello entendimiento, tenia el genio supersticioso y agorero; pues se cuenta de él que, si saliendo de casa encontraba alguna vieja, volvía á recogerse, por el temor de algun mal suceso. Despues lei que lo mismo hacia si veia alguna liebre.

Hace, á mi parecer, alguna falta en el discurso de la astrología judicaria la definicion que de ella hizo el inglés Tomas Hobbes; por tanto la pondremos aquí. «Es, dice, un estratagemata para librarse del hambre á costa de tontos:» *Fugienda egestatis causa, hominis stratagemata est, ut prædam auferat á populo stulto.* (Hobb., *De Homine.*)

que ellos observan, podrían concluir cosa alguna. Lo primero, porque son muchos los astros, y puede uno corregir ó mitigar el influjo de otro, y áun trastornarle del todo. Aunque Mercurio, cuanto es de su parte, incline al recién nacido al robo, ¿de dónde sabe el astrólogo que no hay al mismo tiempo en el cielo otras estrellas combinadas de modo, que estorben el mal influjo de Mercurio? ¿Comprende por ventura las virtudes de todos los astros, segun las innumerables combinaciones que pueden tener entre sí? Lo segundo, porque áun cuando esto fuera comprehensible, y de hecho lo comprendiera el astrólogo, áun le restaba mucho camino que andar; esto es, saber cómo influyen otras muchas causas inferiores, que concurren con los astros, y con harta mayor virtud que ellos, á producir esas disposiciones. El temperamento de los padres, el régimen de la madre, y afectos que padece mientras conserva el feto en sus entrañas; los alimentos con que despues le crian, el clima en que nace y vive, son principios que concurren con incomparablemente mayor fuerza que todas las estrellas, á variar el temperamento y cualidades del niño; dejando aparte lo que la educacion y lo que el uso recto ó perverso de las seis cosas no naturales pueden hacer. Si tal vez una enfermedad basta á mudar un temperamento y destruir el uso de alguna facultad de la alma, como el de la memoria, por más que se empeñen todos los astros en conservar su hechura, ¿qué no harán tantos principios juntos como hemos expresado? Y pues los astrólogos no consideran nada de esto, y por la mayor parte les es oculto, nada podrán deducir por el horóscopo en orden á costumbres, inclinaciones y habilidades, áun cuando les concediésemos todo lo demas que pretenden.

§ VIII.

Á la verdad, cuanto hasta aquí se ha discurrido contra los genetiácos poco les importa á los componedores de almanques; porque estos, como ya se advirtió arriba, se contentan con unas predicciones vagas de sucesos comunes, que es moralmente imposible dejar verificarse en algunos individuos; y cualquiera podrá formarlas igualmente seguras, aunque no sepa ni áun los nombres de los planetas. El año de diez fué celebradísima una prediccion del Gotardo, que decia no sé qué de unos personajes cogidos en ratonera, como muy adecuada á un suceso que ocurrió en aquel tiempo. Yo apostaré que cualquiera que supiese con puntualidad todas las tramas políticas de los reinos de Europa, en cualquiera lunacion hallaria varios personajes cogidos en estas ratoneras metafóricas; siendo bien frecuente hallarse sorprendido el goloso de mejorar su fortuna, en el mismo acto de arrojarse al cebo de su ambicion. Y cuando hay guerras, de cualquiera que es cogido en una emboscada se puede decir, con igual propiedad, que cayó en la ratonera.

Pero dos cosas nos restan que examinar en los almanques, que son el juicio general del año, y las predicciones particulares de las varias impresiones del aire, por lunaciones y dias.

En cuanto á lo primero, en sabiendo que todo el sistema en que se funda este pronóstico es arbitrario,

y todos los preceptos de que consta, fundados en el antojo de los astrólogos, está convencida su vanidad. Las doce casas en que dividen la esfera, no son más ni ménos, porque ellos lo quieren así, y fué harta escasez suya no haber fabricado en el cielo más que una corta aldea, cuando sin costarles más, pudieron edificar una gran ciudad. El orden de estos domicilios, de modo que el primero se coloca á la parte del oriente, debajo del horizonte, y así van prosiguiendo las demas debajo del horizonte, hasta que la séptima se aparece sobre él en la parte occidental, y las restantes continúan el círculo hasta la parte oriental descubierta, todo es antojadizo. Las significaciones de esas casas y de los planetas en ellos son puras significaciones *ad placitum*. Es cosa lastimosa ver las ridiculas analogías de que se valen para dar razon de esas significaciones. De modo que en todo y por todo estas casas se construyeron sin fundamento alguno, al fin como fábricas hechas en el aire. ¿Qué diré de las dignidades, ya esenciales, ya accidentales, de los planetas? ¿de los grados de fortaleza ó debilidad que les atribuyen en diferentes posituras? ¿de sus exaltaciones, sus triplididades, sus aspectos? ¿de los dos domicilios, diurno y nocturno, que les señalan, exceptuando al sol y la luna, no valiéndole al sol ser el grande alquimista, que produce tanto oro, para redimirle de la pobreza de no tener más que una casa, y lo mismo digo de la luna, á quien atribuyen la produccion de la plata? ¿de la grande disimilitud de influjos, segun se colocan los planetas en diferentes signos, y segun se consideran, ya rectos, ya oblicuos, directos, retrógrados ó estacionarios, y toda la demas baraunda imaginaria de supuestos establecidos por capricho?

§ IX.

Añádese sobre esto, que no concuerdan los astrólogos en el método de erigir los temas celestes, de donde dependen en un todo los pronósticos. Los árabes Firmico y Cardano siguieron el método de los antiguos caldeos, que se llama ecuable. El autor Alcabicio inventó otro, otro Campano, y ninguno de estos tres se sigue hoy comunmente, sino el que inventó Juan de Regiomonte, que se llama método racional; en que se debe advertir, que el planeta mismo que, erigiendo el tema segun un método, se halla en una casa, donde promete buena fortuna, erigiendo el tema segun otro método, sucede encontrarse en otra casa, donde significa muy adversa suerte. Y ¿por dónde sabriamos cuál método era el más acertado, áun cuando cupiese acierto en esta materia? Lo que se colige evidentemente de aquí es, que las reglas de la judicaria son arbitrarias todas.

Mas los mismos profesores de este arte convienen en que sus reglas sólo se fundan en la experiencia: porque, no pudiendo haber razon alguna que demostrase *á priori*, como dicen los dialécticos, qué influjos tiene esta ó aquella combinacion de los planetas, sólo se pudo sacar esto por induccion experimental, despues de ver muchas veces qué efectos se siguieron á esas diferentes combinaciones, y este es otro atolladero terrible de la judicaria; porque desde el principio del mundo hasta ahora

ra no se ha repetido adecuadamente alguna combinacion de astros y signos, siendo menester para esto, segun todos los astrónomos, mucho mayor transcurso de tiempo, que algunos reducen al espacio de cuarenta y nueve mil años. Los antiguos caldeos quisieron evacuar esta dificultad, procurando persuadir que tenian recogidas las observaciones astrológicas de cuatrocientos mil años; falsedad que, sobre oponerse á lo que la fe nos enseña del principio del mundo, fué convencida por el grande Alejandro, habiendo, cuando entró en Babilonia, mandado á Calistenes registrar sus archivos; pero, dado caso que ménos cantidad de siglos fuese bastante para hacer las observaciones necesarias, pregunto: cuando Juan de Regiomonte inventó el método racional, que es el que hoy se sigue, ¿en qué experiencias se fundó para establecerle? Es fijo que en ningunas; pues no habiéndose usado ántes, no hubo lugar de experimentar, y ni su método, ni otro alguno, le aprovechó á Regiomonte para preveer que le habian de quitar alevosamente la vida los hijos de Jorge de Trevisonda, temerosos de que la reputacion de su sabiduria habia de disminuir la de su padre. Desde que murió Regiomonte hasta ahora pasaron dos siglos y medio cabales. ¿Qué tiempo es este para que quepan en él observaciones bastantes á autorizar el método racional?

Lo mismo digo de Campano, que floreció cuatro siglos ántes que Regiomonte. ¿En qué experiencias fundó su nuevo método? Bien se ve en esto que los preceptos de la judiciaria se fundan sólo en capricho, y no en razon ni experiencias.

Y hago ahora otra pregunta: ¿ó á los pronósticos que se hacian siguiendo el método de los caldeos, correspondian los sucesos ó no? Si correspondian, errólo Regiomonte en mudarle, y los modernos lo yerran en no seguirle. Sino correspondian, son falsas, ó fueron casuales, aquellas predicciones famosas de los astrólogos antiguos, que los modernos alegan á favor de la judiciaria; pues es constante que los astrólogos antiguos siguieron el método de los caldeos. Lo que se ha dicho en este punto conspira igualmente á descubrir la vanidad del tema natalicio, por donde pronostican los astrólogos la fortuna de los particulares, que de los diferentes temas celestes que erigen para hacer el juicio general del año; porque unos y otros dependen de los mismos principios.

Y de los mismos dependen tambien las predicciones de las cualidades del tiempo en diferentes cuartos de luna, y en cada día, aunque añadiendo nuevo y singular tema para cada cuarto de luna, y atendiendo para cada día en particular diferentes combinaciones de los planetas, ya entre sí, ya con las estrellas fijas. Como quiera que discurran en esta materia, es constante que no yerran los astrólogos en ella ménos que en todo lo demas. El gran Mirandulano examinó todo un invierno os almanaques que habian compuesto para aquel año los más famosos astrólogos de Italia, y sólo en cinco ó seis días los halló conformes á las impresiones del aire, que observó en todo aquel espacio de tiempo. El año de 1186 pronosticaron los astrólogos furiosísimos vientos y horribles tempestades, por razon de cierta conjuncion de los superiores ó inferiores planetas; pero lograron los mortales en aquel tiempo quietos y pacatísimos los ele-

mentos. Refiere esto Escaligero, sobre la autoridad de Rigordo, monje de San Dionis y médico de Felipe Augusto, que floreció en aquel tiempo. El año de 1524, habiendo observado los astrólogos grandes conjunciones de los planetas en los signos que ellos llaman áqueos, por el mes de febrero, predijeron portentosas inundaciones y nunca vistas lluvias, lo que llenó de terror á Europa; de modo que muchos se previnieron de barcas, y otros de habitacion en sitios eminentes; pero tan lejos estuvo de venir el esperado diluvio, que ni una gota de agua cayó en todo aquel febrero. Así lo cuenta Dureto, que vivió en el mismo siglo.

Ni pueden ménos los almanaquistas de caer en tan abultados errores; porque es falso, ó por lo ménos incierto, que los astros ó constelaciones, que ellos señalan, produzcan frios ó ardores, vientos, lluvias ó serenidades. Si los ardores del estío dependieran de hacer entónces el sol su curso por el signo de León, calientes estuvieran como nosotros en el agosto los que habitan á cuarenta ó cincuenta grados de latitud austral; pues no tienen ni influye en ellos en aquel tiempo otro sol que el que camina por este signo; mas los pobres padecen en aquella sazón intensísimo frío; y si el cuadrado de Marte y Vénus indujera lluvias, las habia de mover en todo el mundo; pues ninguna region del mundo logra entónces á esos dos planetas en diferente aspecto. Nuestro mismo hemisferio y la propia region que habitamos desmentirá algun día á los astrólogos en esta parte, si el mundo dura algunos millares de años; pues es infalible que llegará tiempo en que el orto de la canícula, ó conjuncion del sol con ella, suceda en los meses de diciembre y enero, y entónces ciertamente helará en la canícula.

Pero, gratuitamente permitido que los astros tengan la actividad que para estos efectos les atribuyen los astrólogos, por lo ménos es innegable que concurren á los mismos efectos otras causas, tanto más poderosas que los astros, que pueden, no sólo disminuir, mas estorbar del todo sus influjos. En Egipto nunca llueve, ó rarísima vez, y esto sólo en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, y es cierto que giran sobre aquella region los mismos astros que sobre otras muchas, donde caen lluvias copiosas. En el valle de Lima sucede lo mismo, donde toda la fertilidad de la tierra se debe á un blando rocío. No sólo entre regiones distintas hay esta oposicion, mas aún la corta division que hace en la tierra la cima de un monte basta para inducir en las dos llanuras opuestas temperie muy diferente, como sucede en el que divide este principado de Asturias del reino de Leon, pues los ímpetus del norte, cuando sopla furioso, llenan de lluvias, nieves y borrascas todo este país, hasta cubrir aquella eminencia, y al mismo tiempo es comun lograr de la otra parte perfecta serenidad. Váyase ahora los astrólogos á determinar qué días ha de llover, por las estrellas.

El padre Tosca juzgó que evacuaba en parte esta dificultad, encargando que en la formacion de los almanaques se tengan muy presentes las cualidades del país; pero, sobre que para esto seria menester poner en cada país, y aún en cada lugar un almanaquista, y hacer para cada uno distinto repertorio, pues en la corta distancia

de tres ó cuatro leguas se varía á veces el temple y calidad de la tierra y aire, y no es conveniente aumentar tanto el número de los astrólogos, cuando sobran aún los pocos que hay; digo sobre esto que seria tambien inútil esa diligencia; lo uno, porque son incomprendibles las calidades de los países, de modo que por ellas se puedan pronosticar las mudanzas de los tiempos; lo otro, porque estas no dependen precisamente de los países donde se ejercitan, sino tambien de otros distantes, de donde vienen los vientos, humedades y exhalaciones, y no sólo de los países donde se engendran, mas tambien de aquellos por donde transitan. Las fermentaciones que se hacen en várias partes de las entrañas de la tierra, ocasionan los vientos y contribuyen materia para las tempestades. ¿Qué entendimiento humano podrá apear cuándo y cómo se hacen? Aun despues de elevarse vapores y exhalaciones en la atmósfera, ¿quién comprenderá las várias determinaciones del rumbo del viento, que las ha de conducir á esta ó á la otra region, ni las disposiciones que hay en una más que en otra, para que sobre ellas se liquiden las nubes ó se enciendan las exhalaciones? Aun cuando supiese todo lo demas, ¿cómo he averiguar si la nube que en tal día ha de volar sobre el horizonte sensible que habito, vendrá en estado de derretirse sobre este lugar en agua, ó la guardará para la montaña ó el valle, que dista de aquí algunas leguas?

Como quiera, la consideracion del país sólo puede aprovecharle al astrólogo para pronosticar á bulto, sin determinacion de tiempo, más lluvia en el país más húmedo, más calores en el más ardiente, más hielos en el más frío; pues á todos consta por experiencia que dentro de un mismo país, en cuanto á la determinacion de tiempo, no hay consecuencia de un año para otro, sucediendo en un año una primavera muy enjuta, y en otro muy mojada. Aun más hay en esto, y es, que un mismo país por un accidente, al parecer de poca importancia, suele variar sensiblemente de temple. La isla de Irlanda, despues que abatieron los naturales muchos bosques que habia en ella, es mucho ménos lluviosa que era ántes; y me acuerdo de haber leído (pienso que en el padre Kircher) que la tierra de Aviñon, que era ántes muy húmeda y nebulosa, goza un hermoso cielo despues que se enjugó una laguna de bien poco ámbito que habia en ella.

Concurriendo, pues, á variar la temperie de las regiones tantas causas de acá abajo, que no sólo alteran, mas á veces, como se ha visto, estorban casi del todo la operacion de las constelaciones, nada podrán averiguar en la materia los astrólogos por la precisa inspeccion de los cielos: y por otra parte, las demas causas cooperantes no están sujetas á su exámen. Dirá acaso alguno que los astros ponen en movimiento esas mismas causas con todos los varios respectos y combinaciones que tienen hácia tales ó tales países; y así de ellos desciende primordialmente que en esta region llueva y en la otra no, que aquí haga frío y allí calor: yo quiero pasar por ello; pero siendo así, el astrólogo no leerá en el cielo lluvia ni otro temporal alguno absolutamente para tal día, sino con distincion de regiones; y como estas son tantas, es infinito lo que tendrá que leer en el cielo. Pongo por

ejemplo: el día 4 de Abril lluvia en España, en la Noruega, en la Mesopotamia; sereno en Persia, en la Tartaria y en Chile; viento en Grecia, en la Natolia, en Sicilia y en Marruecos; frío en la Prusia, en la Georgia, en el Mogol y en la isla de Borneo; calor en Egipto, en los Abisinos, en Méjico y Acapulco; vário en Francia, en la China y el Brasil; y así se irán leyendo en los astros truenos, granizo, helada, nieve, asignando cada diferencia de temporal á más de trescientas ó cuatrocientas partes distintas del globo terrestre. Verdaderamente que para tanto es menester fingir en cada astrólogo el *Icaro Menippo* del graciosísimo Luciano, que, arrebatado al cielo, oia decretar á Júpiter lluvia en la Scitia, truenos en Libia, nieve en Grecia, granizo en Capadocia, etc. Pues ¿qué, si se añade á esto la abundancia ó penuria de tanta variedad de frutos, en cuya copiosa mies, como suya propia, entran la hoz del pronóstico los astrólogos? y siendo las especies de frutos tantas, y muchas más aún las provincias donde se puede variar la corta ó larga cosecha, apenas se podrá comprender en un gran libro lo que sobre este punto habrá menester estudiar en los astros el astrólogo.

Quien quisiere, pues, saber con alguna anticipacion, aunque no tanta, las mudanzas del tiempo, gobiérnese por aquellas señales naturales que las preceden, y no sólo están escritas en muchos libros, mas tambien se pueden aprender de marineros y labradores, los cuales pronostican harto mejor que todos los astrólogos del mundo. Por eso Lucano, en el libro v de la *Guerra civil*, no introduce algun astrólogo vaticinándole al César la tempestad que padeció en el tránsito de Grecia á la Calabria, sino al pobre barquero Amiclas.

Y á este propósito es sazonado el chiste que refiere el padre Dechales, sucedido á Luis XI, rey de Francia: habia salido este príncipe á caza, asegurado por el astrólogo que tenia asalariado, de que habia de gozar un sereno y apacible día; encontró en el camino á un pobre carbonero, que le avisó se retirase, porque amenazaba una terrible lluvia. Salió el pronóstico del carbonero verdadero, y el del astrólogo falso; por lo cual, el Rey, despidiendo al almanaquista, tomó por astrólogo suyo, señalándole salario como á tal, al carbonero.

Añadiré una reflexion de las más eficaces para convencer de vanas todas las observaciones astrológicas que se hicieron en todos los pasados siglos; y es, que desde que se inventaron los telescopios se han descubierto tantas estrellas, ya fijas, ya errantes, que exceden en número á las que observaban los astrólogos anteriores, que miraban al cielo con los ojos desnudos. Sólo Juan Hevelio, burgomaestre de Dantzih y famoso astrónomo, descubrió de nuevo tantas estrellas fijas, que les puso el nombre de firmamento Sobieski, en honor del glorioso Juan III de este nombre, rey de Polonia. Ahora se arguye así. La ignorancia de los astros nuevamente descubiertos traia consigo necesariamente la ignorancia de sus influjos, y la combinacion de los influjos de estos con los demas que estaban patentes, inferia otros efectos muy diferentes de los que tuvieran estos si obráran por sí solos. Luego todas las observaciones astrológicas, que se hicieron ántes de la invencion del telescopio, fueron inútiles y vanas, porque iban sobre el supuesto falso de

que no influian otros astros que los que se descubrian entónces. El telescopio fué inventado el año de 1609 por el holandés Jacobo Mecio, y perfeccionado poco despues por el insigne matemático florentin Galileo de Galileis. Todos los grandes maestros de la judiciaria, por quienes se gobiernan los astrólogos modernos, son anteriores. De aquí se infiere que unos ciegos guian á otros ciegos.

§ X.

Omito muchos lugares de la Escritura, como tambien muchas autoridades de padres contra los judicarios, porque se hallan en muchos libros; pero no disimularé la bula del gran pontífice Sixto V contra los profesores de este arte, que empieza: *Caeli et terrae creator Deus*; porque es en este asunto lo más concluyente que se halla en línea de autoridad; para lo cual es de advertir que á todos los demas textos, ya de la Escritura, ya de concilios, ya de padres, ya de bulas pontificias, con que se les arguye á los judicarios, responden estos que en

esos textos sólo se condena aquella judiciaria que pronostica como ciertos los futuros contingentes, dando por infalibles las amenazas de los astros; pero esta interpretación no tiene lugar en la bula de Sixto. La razón es, porque manda á los inquisidores y á los ordinarios que procedan contra los astrólogos que pronostican los futuros contingentes, aplicándoles las penas canónicas, aunque ellos confiesen y protesten la incertidumbre y falibilidad de sus vaticinios: *Etiám si id se non certò affirmare asserant, aut protestentur*; permitiéndoles únicamente el pronosticar aquellos efectos naturales que pertenecen á la navegacion, agricultura y medicina: *Statuimus, et mandamus, ut tam contra astrologos, mathematicos, et alios quoseumque dictæ astrologiæ artem, præterquam circa agriculturam, navigationem, et rem medicam, exercentes*, etc. Y así, en pasando de esta raya, deben proceder contra ellos los superiores, por más que en el principio de sus libros y almanaques protesten que su arte es falible, y en el fin de ellos pongan: *Dios sobre todo*, por sánelo todo.

SENECTUD DEL MUNDO.

§ I.

No lloraba tan tiernamente Helena al representarle el cristal los estragos que el tiempo habia hecho en su belleza: *Flet quoque ut in speculo rugas conspexit aniles Tindaris*; como el mundo se lamenta de las ruinas que contempla en su vejez imaginaria. A cada paso se oyen las quejas de que el transcurso de los siglos ha abreviado á la vida humana los plazos, debilitado las fuerzas corporales, aumentando el número de las dolencias, disminuido por defecto de la facultad prolífica el de los individuos; y para dar materia más dilatada al dolor en todo aquello que puede servir al hombre, se representa la misma decadencia, en los alimentos ménos substancia, en los medicamentos ménos virtud, en la tierra ménos feracidad, y hasta en los cuerpos celestes más débiles los influjos.

Pero toda esta larga lamentacion carga sobre una aprehension sin fundamento. Primeramente, por lo que mira al período de la vida humana, es fijo que hoy es el mismo que era há veinte y áun treinta siglos. Há dos mil y ochocientos años que vivió el santo profeta David; de modo que, segun el cómputo más justo de Genebrardo, Saliano, Tornielo, Spondano y otros, vino á florecer, con corta diferencia, á la misma distancia del principio del mundo que de nuestro siglo, habiendo nacido á los dos mil novecientos y diez años de la creacion del orbe. Este, pues, ilustrado rey, hablando del término comun de la vida de los hombres de su tiempo, al salmo 88, señala el mismo que experimentamos en nuestra edad: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni*. Del mismo David, cuando, segun los autores

de la *Cronologia sagrada*, habia llegado á los setenta años, dice la Escritura, en el capítulo i del libro iii de *Los Reyes*, que era muy anciano, y por eso el beneficio de la ropa no bastaba á defenderle del frío: *Et rex David senuerat, habebatque ætatis plurimos dies, cumque operiretur vestibus non calefiebat*.

Estas pruebas son tan concluyentes, que no dejan alguna salida. Y en verdad que pocos se hallarán en nuestros tiempos que, siendo tan sóbrios y de tan buen temperamento como David, no lleguen á la edad septuagenaria con más vigor.

Ni yo entiendo cómo el error de la decadencia de la vida humana se ha hecho tanto lugar, cuando todas las historias antiguas, así sagradas como profanas, exceptuando las fabulosas, no nos representan los hombres más duradores en los pasados siglos que en los presentes. Poquisimos ó rarísimo hombre que pasase de cien años se halla en escritores griegos ni romanos, en quienes generalmente los octuagenarios y nonagenarios son ponderados por longevos, como en nuestro tiempo. San Juan Evangelista es llamado de muchos el Matusalen de la ley de gracia, y segun el cardenal Baronio, no vivió más de noventa y tres años. Plinio, en el libro vii de su *Historia natural*, capítulo xlviii, cuyo título es *De spatiis vitæ longissimis*, cuenta de intento los romanos que duraron irregularmente en los siglos próximamente antecedentes al suyo, y señala por vidas larguísimas la de Livia de Rutilio, que vivió noventa y siete años; la de Statilia, que vivió noventa y nueve; la del pontífice Metelo y la de Perpenna, que vivieron noventa y ocho; la de Marco Valerio Corvino, que llegó á ciento. Y la vida más larga que refiere con cuenta lija entre

los romanos es la de Clodia, que vivió ciento y quince años. De los extranjeros, en quien más se extiende es en Argantonio Gaditano, que reinó ochenta años, entrando á reinar á los cuarenta de edad: es verdad que Silio Itálico, libro iii, le da á este rey trescientos años.

Dilissimus avi...

Terdenos decies emensus belliger annos.

Pero á los poetas los recusarémolos siempre para testigos. Luciano, que trató esta materia con más extension que Plinio, en el libro intitulado *De Macrobiis*, discurrendo por toda la antigüedad, y excluyendo dos ó tres edades reputadas por fabulosas, señala muy pocos hombres que pasaron de cien años, y la vida que cuenta más larga es la del historiador Ctesibio, que llegó á ciento y veinte y cuatro.

§ II.

Ahora pregunto: ¿qué país hay donde hoy no se vea uno ú otro que llegan y pasan de cien años? Dentro de este principado de Asturias, donde asisto, tengo noticia de muchos, y especialmente de una mujer, que vivió ciento y treinta y dos años. Posible es que en esta noticia se añadiese algo; pero de este riesgo no estubo exento Plinio ni otros escritores antiguos. Lo que puedo asegurar con toda verdad, es que habrá dos años poco más, murió á distancia de media legua de esta ciudad de Oviedo, en una aldea llamada Cajigal, en la edad de ciento y once, una pobre mujer llamada Mari-García, habiendo conservado siempre el juicio sanísimo; y hoy vive en dicha ciudad de Oviedo don Alonso Muñiz, presbítero, de edad de ciento y siete años, con bien fundadas esperanzas de vivir no poco más; pues en una edad tan avanzada, todos los dias va á celebrar el santo sacrificio de la misa á la iglesia de las religiosas de santa Clara, distante mas de cuatrocientos pasos comunes de su casa, y buena parte del camino es bastante ágrío. Si estos ejemplos se hallan en un país que, á causa de su mucha humedad, no es celebrado por muy sano, bien que yo le tengo por bueno, mayores se hallarán en los que gozan más benigno cielo.

En Galicia murió el año pasado de 1726 un pobre labrador, llamado Juan de Outeiro, vecino que fué de la villa de Fefiñanes, arzobispado de Santiago, digno, por su larga vida, de más larga memoria, y áun de que se perpetúe su nombre en las prensas. Para averiguar su edad, faltando libros y demas instrumentos, no se halló otro testimonio que el informe conteste de los más ancianos con su dicho, pues solia afirmar que, cuando se fabricó la iglesia de San Francisco de Cambados, iba delante del carro que conducia los materiales para la fábrica, y suponiendo que por lo ménos tendria entónces, para poder acordarse, seis ú ocho años, y que en el dicho templo se halla una inscripcion que dice: se acabó la obra el año de 1588; se infiere, descontando los seis ú ocho años que tendria, que nació el de 1580, desde el cual hasta el de 1726, que falleció por mayo, salen ciento cuarenta y seis años de edad, y es digno de reparo que su comun alimento era pan de maíz y berzas

cocidas, tal vez alguna sardina ú almeja; su regalo extraordinario puebe de leche y harina de maíz: carne de vaca sólo la comia algun dia muy festivo; vino, aunque le bebia, rarísima vez, por su escasez de medios, le lograba; y lo que más admiracion hace es, que hasta el fin de sus dias siempre se manejó con firme agilidad y tanta entereza en el juicio, como si tuviera cuarenta años.

Más convence el intento la certificacion que pára en poder del ilustrísimo señor don fray Antonio Sarmiento, general que fué de mi religion, electo obispo de Jaca, dada por fray Veremundo Negueruela, cura de San Juan del Poyo, en el mismo reino de Galicia, en 30 de Septiembre de 1724, quien certifica que en sola su parroquia, en dicho año, administró los Sacramentos á Bartolomé de Villanueva, de edad de ciento veinte y siete años cumplidos; á Bartolomé de la Graña, de ciento veinte; á Marta García, de ciento diez y ocho; á Alberto Solla, de ciento diez y siete; á Lucía Solla, su hermana, de ciento trece; y á Benito Perez, su marido, de ciento diez; á Jacinto Diz, de ciento diez y seis; á Alonso Otero, de ciento quince; á María Mauriña, de ciento doce; á Domingo Gonzalez, de ciento diez; á Antonio Parada, de ciento diez y seis; á Antonio Parada de Fontela, de ciento quince; y á Catalina Fernandez, de ciento diez. De modo, que entre los trece parroquianos (si se formase otra danza como la de la provincia de Herford, de que luégo hablarémos) compondrian la edad de mil cuatrocientos noventa y nueve años, que en este siglo es cosa prodigiosa.

En la isla de Ceilan es muy frecuente llegar los hombres á cien años, y el capitán Juan Riberio, portugués, en la historia de esta isla, que dió á luz el año de 1685, dice que poco há se vió allí uno de ciento y veinte años, que sin baston en la mano iba á oír misa á una iglesia distante una legua de su casa. Murió en Inglaterra la condesa de Nesmunda, ó Nesmond, en la edad de ciento y cuarenta años. Madamusela de Eckleston, inglesa tambien, murió el año de 1691, de ciento y cuarenta y tres años; este es un hecho constante en toda Inglaterra. En el de 1635 fué presentado al rey Carlos I, de la Gran Bretaña, Tomas Parb, natural de la misma isla, en la edad de ciento y cincuenta y dos años, que parece ser murió el año siguiente, porque el caballero Temple, en sus obras *Misceláneas*, le cuenta de ciento y cincuenta y tres años de vida. Bien sabida es la danza que formaron en la provincia de Herford doce viejos, cuyas edades cumuladas subian á la suma de mil y doscientos años; de modo que uno con otro tenían ciento (1).

El chanciller Bacon, que murió no há más de un siglo, en la *Historia de la vida y la muerte*, entre todos los papas que habian gobernado la Iglesia hasta su tiempo, cuenta solamente cinco que llegaron ó pasaron de ochenta años, y todos cinco fueron próximos á su tiempo; conviene á saber: Juan XXIII, que llegó á noventa; Gregorio XII, á noventa y tres; Paulo III, á ochenta y uno; Paulo IV, á ochenta y uno, y Gregorio XIII, á lo

(1) Estando imprimiendo este escrito, murió en esta córte doña Juana Cuatrin, flamenca, asistente en la casa del señor duque de Populi, de ciento y once años, y fué enterrada el día 29 de Julio de 1726, en la parroquia de San Martin.